

LECTORAS *DE*—O LEÍDAS *POR*— LA ESI NOTAS SOBRE LOS “MODOS DE LEER”

READERS OF —OR READ BY— THE ESI. NOTES ON “WAYS OF READING”

Florencia Angilletta
CONICET
Universidad de Buenos Aires
florenciangilletta@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Educación Sexual
Integral
Género
Modos de leer
Universidad

¿Cuáles son las vinculaciones entre la Ley de Educación Sexual Integral (ESI), género, Letras y “modos de leer”? Se parte de algunas coordenadas sobre la ESI en la universidad, de la que egresan muchos/as docentes que trabajan con ella en el aula. Aunque la ley sostiene que se aplica hasta el nivel superior, puede preguntarse cómo se inscribe en el profesorado universitario. Esto se complejiza con la reciente “Ley Micaela”, la cual canaliza una demanda social, al establecer la ESI para toda persona vinculada a la gestión del Estado. Luego se reflexiona sobre las imbricaciones entre la ESI y Letras a partir de algunos hitos y la importancia de su práctica en la escuela media. Algunas preguntas se organizan en torno a la siguiente paradoja: ¿podemos ser lectoras de la ESI o solo seremos leídas por ella? La hipótesis es que los “modos de leer” operan tensionados entre fuerzas instituyentes e instituidas; estos “modos de leer” habilitan nuevas bibliotecas y archivos, transforman las vidas y redistribuyen voces, a la vez que también pueden ser protocolizados si se agotan las imaginaciones en torno a una política de cupo o si se reedita una noción de la literatura ligada al siglo XIX como “manual de buenas costumbres”.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

Comprehensive Sex
Education
Gender
Ways of Reading
University

What are the links between the Comprehensive Sex Education (ESI), gender, Literature and “ways of reading”? It starts from some coordinates on the ESI in the University, from which many teachers who work with it in the classroom. Although the law argues that it applies to the higher level, may wonder how you enroll in university faculty. This is complexed by the recent “Micaela Law”, which channels a social demand by establishing the ESI for every person linked to the management of the State. Then we reflect on the overlap between the ESI and Literature from some milestones and the importance of their practice in high school. Some questions are organized around the following paradox: can we be ESI readers or will we only be read by it? The hypothesis is that the “ways of reading” operate between instituting and instituted forces; these “ways of reading” enable new libraries and archives, transform lives and redistribute voices, while also being able to be protocolized if the imaginations around a quota policy are exhausted or if a notion of literature linked to 19th century as “manual of good customs”.



Recibido: 05/12/2019
Aceptado: 15/01/2020

La Leemos, pero también somos leídos por otro.
Interferencias entre ambas lecturas. Obligar a alguien a que
se lea a sí mismo como lo leen los demás (esclavitud).
Obligar a los demás a que nos lean como nos leemos
a nosotros mismos (conquista).
Simone Weil, *Cuadernos*

I.

Escribir sobre la Ley de Educación Sexual Integral (ESI) es también producirla, ya que en tanto ley no está contenida de una vez y para siempre en su letra sino en cada lectura y en cada *uso* que se haga de ella.¹ Incluso podríamos pensarla en plural, como ocurre con los feminismos y sus sujetos políticos: cada uso del plural señala la politicidad tanto de las genealogías como de las disputas actuales que organizan. ¿Cómo pensar las vinculaciones entre ESI, género, Letras y “modos de leer”? Esta ley tiene su propio entramado: comienza en 2002 como Ley de Salud Sexual y Procreación Responsable, cristaliza en la Ley de Educación Sexual Integral en 2006 y, a partir de 2008, se condensa en los Lineamientos Curriculares para la Educación Sexual Integral, junto con la producción de distintos materiales, entre otros hitos.

La demanda por la ESI en la Argentina está enlazada a la masividad y potencia de los feminismos a partir de “Ni Una Menos”, desde 2015, y sobre todo al debate legislativo por la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) durante 2018. La propia consigna de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito señala: “Educación sexual para decidir, anticonceptivos para no abortar, aborto legal para no morir”. En esta temporalidad se solapan –no sin contradicciones– las conquistas políticas, sociales, jurídicas de las “mujeres” y la “comunidad LGBTI” desde las imaginaciones democráticas post 1983, en especial, en torno a divorcio, cupo, matrimonio igualitario, identidad de género, paridad política.²

Los lineamientos curriculares de la ESI están propuestos desde la educación inicial hasta la formación docente, pero ¿cómo impactan en la vida universitaria? Aquí se entrecruzan sentidos: por un lado, los efectos de la ESI en la cada vez mayor institucionalización de acciones en torno a

¹ Sobre la ESI y sus discusiones, ver Graciela Morgade (2001) y Jéscica Báez y Valeria Sardi (2019), entre otros/as.

² Las comillas en “mujeres” y en “LGBTI” –disidencias sexogenéricas, comunidades de lesbianas, gays, bisexuales, travestis, transexuales, intersexuales e incluso la adición de “+” o “*”– es un modo de marcar la constante puesta en cuestión de las identidades y que en la propia forma de la lengua puede mostrarse esta incomodidad sobre quiénes son convocados/as, y en distintas posiciones de poder. Desde luego, este señalamiento entronca con las discusiones históricas de quiénes son los/as sujetos/as de los feminismos. A la vez, los/as sujetos/as de la ESI son la ciudadanía estudiantil en su conjunto, lo cual implica desafíos para pensarla en torno a las masculinidades y las construcciones de varones “-cis”. En esta línea, también podría sumarse la pregunta por los cruces entre la lengua de la ESI y la lengua de nuestros saberes para que los modos de inclusión no sean solo patrimonio de una escena, sino que produzcan acontecimiento político. A la vez, estos usos también son situados y estratégicos para seguir interviniendo nuestro trabajo crítico, que consiste, justamente, en leer y escribir.

problemáticas de violencia de género; por otro lado, las discusiones sobre su incorporación a los saberes disciplinares. En la primera dimensión, la ESI se vincula con los horizontes de ley y derechos, cuyo hito quizá sea la Red Universitaria de Género.³ En la segunda, los debates sobre la producción y acreditación de saberes se relacionan con la transversalidad o especificidad de la ESI. Ahora bien, ¿los impactos institucionales y los impactos críticos acaso podrían no intervenir en diálogo? ¿Cuáles son las operaciones de deslindar los protocolos habilitados por la ESI de sus bibliografías y discusiones?

La ley sostiene que su aplicación acontece hasta en el nivel superior de formación docente, aunque su inscripción aún resulta un desafío en el profesorado universitario. ¿Por qué en nuestros profesorados podría no haber ESI como sí la hay en los institutos de formación docente? Además, la discusión ya no solo es acerca de la educación del docente, sino que la ESI empieza a reconfigurarse como una educación ciudadana: la “Ley Micaela”, que canaliza una intervención social, la instaura para toda persona vinculada a la gestión del Estado.⁴

Desde estas puntas, o *entre* ellas, aquí se construye la hipótesis de que los “modos de leer” en torno a la ESI operan tensionados entre fuerzas instituyentes e instituidas: a la vez que habilitan nuevas bibliotecas y archivos, transforman las vidas y redistribuyen voces; también pueden ser protocolizados si se agotan en imaginaciones ligadas a una política de cupo o si se reedita una noción de la literatura ligada al siglo XIX como “manual de buenas costumbres”. ¿Cómo leer la ESI más allá de ella? ¿De qué formas dimensionar estas intersecciones entre la ley y la carrera de Letras, como sucede en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA)? De esta carrera egresan muchos/as docentes que trabajan con esta ley en el aula, aunque aún no han sido formados/as institucionalmente para esa tarea. ¿O acaso sí lo han sido? ¿De qué otras maneras han recibido formación para dictar clases desde la ESI? Tanto como discutimos más ESI para nuestras universidades, por qué también no revisar la formación desde la ESI y revitalizar cómo se inscribe la distancia –o la tensión– entre nominaciones y prácticas. ¿Por qué no leerla en los intersticios de los programas de las materias, en el dictado de las clases y en los seminarios a cargo de profesoras e investigadoras del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IEGE); en definitiva, de nuestra genealogía de lecturas?⁵ Más recientemente, esta época se reconfigura con algunas experiencias como la incorporación de más escritoras y críticas, las tesis de crítica literaria feminista –como las *Ficciones lesbianas*, de Laura Arnés (2016)–, los debates en torno a la reforma del plan de estudios junto con las modalidades de inclusión de la ESI –¿transversalidad o especificidad?–, y hasta la existencia de este mismo dossier.⁶ ¿Podríamos entonces pensar en un *grado cero* de la ESI en nuestra carrera? ¿Podemos ser lectoras *de* ella o solo seremos leídas *por* ella?

³ La Red Universitaria de Género (RUGE), en el ámbito del Consejo Interuniversitario Nacional (CIN), es una de las iniciativas más recientes para rearmar las gramáticas de las universidades argentinas a partir del género, www.cin.edu.ar/tag/ruge.

⁴ La Ley 27.499 establece, desde 2019, la capacitación obligatoria en género para todas las personas que integran los tres poderes del Estado. Se la conoce como “Ley Micaela” porque es impulsada a partir del femicidio de Micaela García, una joven de 21 años asesinada en Gualaguay, Entre Ríos. La UBA ha aprobado tal capacitación: www.uba.ar/noticia/19672.

⁵ En el artículo “La aventura colectiva de mi feminismo” (Angilletta 2015) se amplían estas hipótesis atravesadas por la formación “generacional”, junto al trabajo pionero de, entre otras, Nora Domínguez, en la cecoordinación de varios volúmenes y en la publicación de su tesis doctoral (2007).

⁶ Al respecto, ver el debate sobre los “fráxitos” en *Mora* (Cano *et al.* 2018).

II.

Estoy en México, es invierno de 2019. Aún no lo sé, pero viajo a aprender más del feminismo, de la ESI, de nuestros debates: a refractar en este circuito de universidades, organizaciones y marchas aquello radioactivo sobre los “modos de leer”. En un museo en la ciudad de México, veo en la entrada un afiche rosa en el que se lee: “¿Qué historia nos cuenta este cuadro sobre desigualdad? ¿Cómo podemos ver esto desde las perspectivas de género?”. Efecto estrábico: parece un avance – sobre todo en América Latina– que los museos incorporen a su propuesta curatorial la pregunta acerca de los géneros; pero, ¿cómo?, ¿para qué? O más aún: ¿qué me produce incomodidad? ¿El color rosa? ¿La pregunta cuando ya supone una respuesta? ¿El tono indicativo?

Este gesto –destacable– de llevar los géneros al museo contiene otro: cierta institucionalización de *una* lectura sobre el género. Más que acercarlo, habría que distanciarlo de otra experiencia como las conocidas intervenciones de Guerrilla Girls, que se preguntan si, para ser parte de los museos, las mujeres tienen que estar desnudas. A comienzos del siglo XX el míngitorio de Marcel Duchamp no produce “una etapa más” en la historia del arte, sino que hace crujir la posibilidad misma de esa historia. Pero ¿qué sucede con los feminismos? ¿Un centro solo puede estallar con la fantasía de la “inversión”? ¿Cuán funcionales podemos ser al perfecto revés que sigue manteniendo el binarismo? ¿Acaso un contracanon no sostiene el canon que pretende discutir?

Primavera de 2019. Ocho escritoras argentinas –Selva Almada, Mariana Enríquez, María Gainza, Leila Guerriero, María Moreno, Claudia Piñeiro, Ángela Pradelli y Luisa Valenzuela–, quienes han recibido destacados premios internacionales durante el año, son homenajeadas por la Cámara de Diputados.⁷ *Petróleo*, pieza escrita y dirigida por el grupo Piel de Lava, es la obra teatral más premiada del año. La cineasta Lucrecia Martel preside el jurado en la última edición del Festival de Venecia. Son apenas algunas menciones entre muchas, pero valen porque muestran la efervescencia de esta época contada por mujeres en la escena argentina, latinoamericana y mundial. La sensibilidad de un tiempo en crisis, que parece ya no poder leerse sin una dimensión de género. Pero ¿cuáles son los límites de congelar como *boom* las producciones realizadas por mujeres? ¿Las imaginaciones pueden reducirse a una lógica de cupo o a la recolección de figuras excepcionales?

A la vez, las intervenciones de lectura en la universidad vinculadas con la ESI precisan inscribir los “modos de leer” *desde* la ley en las aulas de la escuela media. En el cruce entre educación media y universitaria, ¿qué otras conversaciones, problemas y contiendas se organizan *desde* las Letras? ¿Cuáles son los desafíos que implica, por ejemplo, para lectores/as en sánscrito formarse en ESI y formar a otros/as? ¿Cómo educar “a los soberanos/as” del saber –en lo que (no) saben–? “Modos de leer” pensados desde la literatura argentina –y latinoamericana–, así como también literaturas comparadas, lingüística, o incluso letras clásicas, porque lo que se promueven, en definitiva, son las construcciones de saberes “situados”, tal como reflexiona Donna Haraway (1995).⁸

⁷ Martín Kohan (2019) se pregunta, en la lectura que realiza en este homenaje, sobre la exclusión/inclusión de las escritoras así como las formas de inclusión, y fundamentalmente lee por qué “no es un *boom*”.

⁸ La agrupación de graduados/as de Letras “Letras Vuelve” ha realizado Jornadas sobre la ESI en 2018 y en 2019. La última ha sido “Identidades, géneros y sexualidades, ESI en la escuela media y la universidad”. Muchas de las

Además: ¿cómo hilar la ESI con las “proyecciones” de estudiantes (y de docentes)? ¿Cómo tornar más plásticos los/as sujetos/as de esta ley y las lecturas sobre ellos/as? Pareciera que es más sencillo imaginar una ESI para jóvenes que para docentes –y mucho más cuando los/as docentes no son jóvenes–. Sumar sus retos en espacios a veces hostiles o con poblaciones vulnerabilizadas amplía los horizontes de su institucionalización. ¿Cómo organizar una ESI en escuelas parroquiales, privadas, de frontera? ¿Cómo logramos que no sea solo para “la revolución de las hijas”, sino para todas las identidades sexogenéricas? Esto también implica que los “modos de leer” no se agoten en una producción de conocimiento para mujeres o para ciertas mujeres.

Mientras los feminismos de los siglos XVIII, XIX y XX disputan la igualdad en la esfera pública y estatal, los de finales del XX y sobre todo los del XXI proponen que el espacio privado no sea privado de derechos. Los feminismos discuten la teoría de las esferas que distribuye letras y espacios: estatal, público, privado. En su tesis sobre literatura contemporánea y políticas del sexo, Kate Millet (1970) escribe una frase que hace explotar la arquitectura moderna: “lo personal es político”. ¿Qué pasa ahí? ¿Cómo leer, desde esta clave, en tanto docentes de Letras? ¿Cómo leer la ESI como producción de conocimiento y no como moral? Porque lo personal es político, sí, pero más aún los feminismos son política. Reescribir una nueva gramática en torno a desestabilizar las operaciones que aplanan la tríada lectura, legislación, valores. ¿Puede la ESI en el aula circunscribirse a “gestión de las emociones”, “autoayuda”, “consejos de vida”? ¿Acaso alguna lectura puede repetir aquello en lo que solo se puede estar de acuerdo o confirmar lo que se sabía antes de empezar a leer? ¿Cómo seguimos disputando las potencias de las letras? “Formación” puede ser un modo de nombrar aquello más amplio que supone la ESI, que no es solo la currícula, los contenidos, los lineamientos o materiales, sino también algo que acontece en las prácticas y que, en tanto tal, precisa las voces de los/as docentes de la escuela media. Esas voces tienen que llegar a la universidad: cada docente que lee en un aula no está aplicando la ESI, la está produciendo. ¿Cómo nos formamos en ESI y cómo formamos a otros/as?

III.

Una “historia viva” de la ley como una política en movimiento, que se ha transformado desde 2003 (es la primera ley de las históricas de ampliación de derechos sexuales del kirchnerismo); un tiempo-espacio de encuentro de realidades áulicas y extra-áulicas; una construcción del docente como “militante” (¿la ESI es una militancia?); un atlas de debates en torno a la aparente disyunción entre una crítica “intelectual” o “militante”; cierta interrogación de espacios de politización de universidades y escuelas; algunas reescrituras “norte”-“sur”, otras tensiones letradas de centros, periferias, márgenes. Diríamos: reconfiguración de las vinculaciones entre Estado, universidad, escuela, militancia, feminismo, saber, *territorio*.

Los desafíos de lecturas implican no circunscribir el análisis a *una* “perspectiva” de género, como si “perspectiva” se remitiera a una mirada que se suma a lo ya dado, a lo ya visto y construido. Más aún, no debe circunscribirse si esa mirada mantiene una división sexual del trabajo –productivo/reproductivo–, una división sexual de enunciación –narrativa/poética– y una división

discusiones de esas mesas impactan en estas reflexiones. Aquí puede verse el registro audiovisual: letrasvuelve.wordpress.com/2019/10/14/registro-audiovisual-de-esi-con-todas-las-letras-ii-pasen-vean-difundan/.

sexual de intervenciones –política/intimidad–. Como si ya hubiera unas operaciones de lectura sobre las que la ESI podría actuar, pero no como si *desde* esas lecturas pudieran disputarse los sentidos de los problemas en sí: patria, nación, Estado, economía. Las instituciones parecen, a veces, más dispuestas a agregar ESI que a habilitar que la ESI haga crujir los presupuestos de lo institucional, es decir, el poder.

Algunos esfuerzos estarían en mostrar la paradoja acerca de los “modos de leer” tensionados entre flujos instituyentes e instituidos, con sus desafíos y potencias.⁹ La profesionalización de la crítica literaria y la profesionalización del feminismo imbrican problemáticas de lectura. Dar letra, pero qué letra y para qué. ¿La revolución será institucionalizada? ¿Los “modos de leer” serán *esclavizados* o *conquistarán*? ¿Cómo hacer, en definitiva, para seguir leyendo? La ESI en Letras habilita bibliotecas, archivos y escrituras, cambia nuestras formas de vida, reescribe los límites de lo posible, otorga voz a quienes no la tenían e intenta desbordar esta oportunidad a los territorios más oblicuos. Pero también puede ser protocolizada: achatar las imaginaciones acerca de un supuesto esencialista, reeditar un análisis de la literatura “contenidista” entre los polos de la identidad (*quién soy*) y la representación (*qué escribo*) al modo de un “manual de buenas costumbres”, o pregonar la “vuelta de la autora” y la (re)discusión sobre la “especificidad”.¹⁰

Ciertos efectos parecen independizarse de los “modos de leer” y circular como posibilidades del análisis, a veces desfasadas de la clave sexogenérica en la que se enmarcan –afectos, precariedades, vidas–. Ahí habría un llamado: *volver* al género. Pero volver no como “mismidad”, para rigidizarlo, sino para atravesarlo, una y otra vez; llevarlo contra sí mismo, doblarlo, reescribirlo. Es necesario, entonces, hacer hablar a nuestros “modos de leer” con las polémicas y los debates de la crítica literaria argentina; dejarnos afectar por “la angustia de las influencias”; seguir interviniendo lo dicho, lo criticable, lo aún no legible, lo que está por escribirse. Griselda Pollock (2010: 56) advierte la paradoja frente al canon: discutirlo pero no “reproducir” su hegemonización. La construcción virtual de un “museo feminista” no implica “una idea de coleccionismo de cosas realizadas por mujeres sino una práctica en funcionamiento, un laboratorio de crítica y teoría que interviene en y negocia las condiciones de producción”. ¿Entonces podríamos leer *una* crítica literaria feminista, *una* ESI en Letras o *un* feminismo? Así formulados, *no existen*. Como señala Sylvia Molloy (2002), más que pensar *en* el género se trata de pensar *desde* el género. No tanto como un saber adosado a otros saberes, sino más bien como un trabajo crítico que flexiona cuerpos, afectos, narrativas, mapas, deseos. Lingüística, escritura y crítica literaria atravesadas por estos “modos de leer” tejen y destejen nuevas formas de la letra privada y pública, tanto como reconfiguran qué es “lo común”. ¿Qué leemos con lo que los feminismos nos leen? ¿Cómo seguir flexibilizando los usos de la crítica? ¿Cómo reinventar los “modos de leer” *entre* las disputas de las lenguas del Estado, de la ley y de nuestras lecturas?

⁹ Las problematizaciones en torno a lo instituyente e instituido conforman, en sí, un modo de leer, tal como propone Miguel Vitagliano (2011).

¹⁰ En las lecturas también hay “techo de cristal”: cada vez más mujeres leen, pero ¿qué lecturas siguen organizando? A la vez, se señalan las distancias entre lectoras, porque una mujer que lee no necesariamente hace crítica literaria feminista; suponerlo también sería un esencialismo.

FLORENCIA ANGILLETTA es Licenciada y Profesora de Enseñanza Media y Superior en Letras por la Universidad de Buenos Aires, y becaria doctoral del Conicet. Docente en la cátedra de *Teoría Literaria III*. Ha publicado artículos e integrado proyectos de investigación sobre teoría literaria y literatura argentina vinculados a la materia. Coescribió *¿El futuro es feminista?* (2017) y coordina el tercer volumen, “Mujeres de letras. Entre la rebeldía y la institución”, de la *Historia feminista de la literatura argentina* de próxima publicación.

Bibliografía

- ANGILLETTA, Florencia. 2015. “La aventura colectiva de mi feminismo: Apuntes sobre las experiencias de lxs estudiantes de Letras de la Universidad de Buenos Aires en torno a los estudios de género”. *Exlibris*. N° 4, pp 220-7.
- ARNÉS, Laura A. 2016. *Ficciones lesbianas*. Buenos Aires: Madreselva.
- BÁEZ, Jéscica y SARDI, Valeria (comps.). 2019. *Territorios de la ESI en la Lengua y Literatura*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- CANO, Virginia *et al.* 2018. “Debate”. *Mora*. N° 24, pp. 139-90.
- DOMÍNGUEZ, Nora. 2007. *De donde vienen los niños: Maternidad y escritura en la cultura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- HARAWAY, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- KOHAN, Martín. 2019. “Escritoras premiadas: no es un boom”. *Revista Ñ*. <http://www.clarin.com/revista-enie/ideas/escritoras-premiadas-boom_0_dcnnfBwr.html> [Consulta: 14 de diciembre de 2019].
- MILLET, Kate. 1970 [2017]. *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- MOLLOY, Sylvia. 2002. “La flexión del género en el texto cultural latinoamericano”. *Cuadernos de Literatura*. Vol. 8, N° 15, pp. 161-7.
- MORGADE, Graciela (coord.). 2001. *Toda educación es sexual*. Buenos Aires: La Crujía.
- POLLOCK, Griselda. 2010. *Encuentros en el museo feminista virtual*. Madrid: Cátedra.
- VITAGLIANO, Miguel. 2011. “Variaciones sobre un punto: notas de trabajo sobre teoría y crítica literaria”. En AA.VV., *Perspectivas actuales de la investigación literaria*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 23-154.